

JUAN RIVAS

DESATINOS
CINÉFILOS

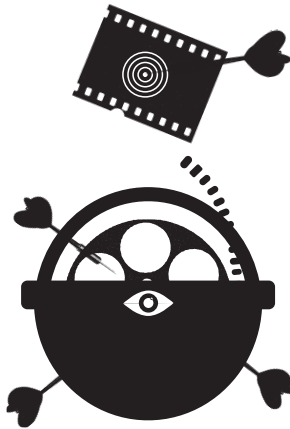


Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Juan Rivas

DESATINOS CINÉFILOS



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

H. AYUNTAMIENTO DE PUEBLA

Mtro. Adán Domínguez Sánchez
Presidente Municipal

—

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

Fabián Valdivia Pérez
Director General

Mauricio Pardo Ruiz
Subdirector de Desarrollo Artístico, Cultural y Patrimonial

Diego Rodríguez Moreno
Coordinador de Fomento a la Lectura y Editorial

Juan Carlos Figueroa Cortéz
Coordinador de Diseño

D.R. 2024 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla.
Avenida Reforma 1519, Barrio de San Sebastián.
C.P. 72090, Puebla, México.

ISBN: 978-607-8123-98-8



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

HECHO EN MÉXICO



Canasta

de Escritoras y Escritores

P O B L A N O S

— 2023 —

CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS

Durante este Gobierno Municipal, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria «*Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*», con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus obras.

La respuesta fue amplia y positiva, las propuestas recibidas resultaron extraordinarias. No era para menos, el talento literario de nuestra ciudad es legendario y contempla una gran variedad de temáticas, lo que permite fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad. La difusión del libro y de la práctica lectora es una de las misiones más nobles y trascendentes de cualquier instancia de Gobierno, ya que la difusión del trabajo de los creadores locales detona perspectivas novedosas entre las y los lectores de nuestra ciudad.

Esta publicación es muestra de la calidad literaria que se desborda en la ciudad de Puebla, misma que no sólo difunde la memoria histórica, sino que también aborda y construye imaginarios de la ciudad a través de creaciones literarias cuya fuerza radica en la precisión de las palabras y en la posibilidad de emocionar y cautivar a quienes se sumergen entre sus hojas.

Me llena de orgullo presentar esta colección, donde cada página es un verdadero deleite poblano para el lector. Les presento pues la apetitosa oferta de esta «*Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*» misma que contiene espléndidos frutos de talento literario de poblanas y poblanos que han encontrado en la palabra escrita el camino para detonar la creación artística.

Deseo que lo disfruten.

Adán Domínguez Sánchez
Presidente Municipal

Juan Rivas

28 de abril 1987

JUAN RIVAS es licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, maestro en Literatura Mexicana y estudiante del Doctorado en Literatura Hispanoamericana por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Como narrador ha publicado el libro de cuentos *IMPOSTORES CON ALAS* (Eterno Femenino Ediciones, 2022); ha participado en *EL ORIGEN PERDURABLE: REUNIÓN DE HISTORIAS MATERNALES* (México: BUAP, 2017), en la antología de minificciones de terror *FLORES QUE SÓLO SE ABREN DE NOCHE* (México La tinta del silencio, 2021) y en *100 RAZONES PARA NO DORMIR ESTA NOCHE* (Argentina: Rubín Editorial, 2022).

Ha participado en medios digitales como *Katabasis*, *Revista Fantastique*, *Interliteraria* y la revista electrónica *Neotraba*, donde tiene una columna de opinión.

Conduce, también, el *podcast* de reseñas literarias “*Las páginas tatuadas*”, disponible en *Spotify* y *YouTube*.

ÍNDICE

1. CINEFILIAS PARALELAS	15
USTED NO ENTIENDE, DOC	17
FRENTE AL MUELLE	19
LAS VIUDAS	21
EN LA ORILLA DEL FUTURO	23
BARDO	25
<i>HELLO, MY DARLING</i>	27
EDIPEMIA	29
ZED NO ESTÁ MUERTO, NENA	31
LLAMADA PARA EL DR. ROMERO	33
EL VIEJO GEORGE	35
2. VOYERISMO ONÍRICO	39
<i>WISHBONE</i>	41
AGUAMALA	43
HASTA LA ESPINILLA	45
TEOREMA DE LOS HUMANOS INFINITOS	47
ESPIONAJE MUTANTE	49
DORMIR SIN BRAZOS	51
SALA DE RECUPERACIÓN	53
LA CABEZA DE JUAN	55
3. REALIDADES LÍQUIDAS	59
PRIMER PASO	61
OPUS SÁDICUM	63
TORO MECÁNICO	65
ROZANDO EL BORDE DE LA GENIALIDAD	67
AMOR PROPIO	69
SEGUNDO PASO	71
EL SECRETO DE VICTORIA	73
SUBLIMAR AMOR	75

FITO	77
POETAS	81
TERCER PASO	83
DAVE, <i>THE DESTROYER</i>	85
LECTURAS PENDIENTES	87
SANTAMARÍA	89
SÁBADO CON VAN DAMME	93
CON LA BOCA LLENA	97
4. LAS ESTACIONES NO LE TEMEN A LA PARCA	99
TRICLOPEA	101
VIGILAR Y CASTIGAR	103
<i>LIVING DEAD ROOM</i>	107
EL DIABLO DE NUEVA JERSEY	109
LA DAMA Y LA CARABINA	111
EL BUEN INQUILINO	113
EL VALIENTE	115
EN LAS NUBES	117
SILENCIO	119
ESCENA POST CRÉDITOS	121

1. CINEFILIAS PARALELAS

Cinema is the ultimate pervert art. It doesn't give you what to desire. It tells you how to desire it.

Slavoj Žižek,
The Pervert's Guide to Cinema

USTED NO ENTIENDE, DOC

Tendido sobre el diván, el analizante lleva sus manos a la cabeza; se retuerce, patalea. Su estatura baja sugiere la imagen de un berrinche pueril. Acaba de revelar sin darse cuenta el intríngulis inconsciente de sus problemas existenciales. El lacaniano silencioso, parapetado tras el campo visual de su paciente, exhala volutas de humo azul. Apisona, satisfecho, su cigarro en el cenicero. Agrega los últimos detalles a la pelota de beisbol atravesada por un tornillo que acaba de dibujar en su libreta, consabido diagnóstico de los lunáticos. Sentencia:

— Tu tristeza general obedece a una relación conflictiva con tu padre. Él nunca pudo llenar tus expectativas. Ninguneado por todos los hombres que lo rodeaban, tu madre nunca dejó de recordarle a ese novio de la preparatoria. ¿Cómo se llamaba? Era Calvin, Calvin algo...

Con notable molestia, el joven del diván proporciona al loquero el apellido que se le escapa:

— Klein —musita de mala gana—. Su nombre era Calvin Klein. Se suponía que él tenía que seducir a Lorraine para que George llegara en su rescate y quedara como un héroe. Pero todo salió mal...

— Posiblemente, Marty, seas tú quien desea percibir a George, tu padre, como un héroe...

El paciente echa las rodillas hacia el pecho, impulsándose con la nuca entre las manos. Se pone en pie con un ágil movimiento digno de Bruce Lee. Acomoda su chaleco rojo, que le han dicho, parece de marinero. Entonces zahiere al psicoanalista con el dedo:

— Usted no entiende, Doc: ¡Yo soy Calvin Klein! Lorraine se volvió una fiera, no me la podía quitar de encima. George llegó muy tarde y...

El doctor no puede reprimir una interjección de sorpresa:

—¡Santa Ciencia!

— Esto está muy *heavy*, Doc: yo soy mi propio padre.

En cuanto dice esto, sale por la puerta del consultorio, abandona prestamente el edificio. Desde la ventana, el psicoanalista lo ve abordar un *DeLorean 82*; deja marcas de llanta quemada en las calles y se pierde hasta explotar en luces de colores.

FRENTE AL MUELLE

Antes de abandonar Southampton y los muelles decadentes de Inglaterra, Sven arrastró a su hermano Olaf a un último desafío a la suerte. Años de trifulcas de cantina contra marineros de todas las nacionalidades enseñaron a los hermanos Gunderson cómo insultar en muchos idiomas, pero seguían mandándose al demonio en sueco cada que uno pisaba el pie del otro. Como ahora, que el menor estaba apostando el futuro de ambos. Ante su desafortunada mano de póker, Olaf recordó la fiebre sifilítica que milagrosamente libró su hermano meses atrás. Noches en vela; ventosas, láudano, compresas. Ahora deseaba matarlo.

Cuando pudo, al fin, ponerse en pie, fue vilipendiado en lengua nórdica por Olaf: necesitaban largarse de ahí. “Me haré cargo”, prometió antes de desaparecer tres noches. Regresó con dos boletos para embarcarse a América y algunas monedas que ganó jugando cartas.

La expectativa de los Gunderson se intensificó días antes del viaje, cuando vieron atracar la inmensa embarcación. A unas horas de zarpar, el mayor dijo: “Luces nervioso, hermano, ¿un último trago en el pub?” Reticente, Olaf aceptó, temiendo que pasara lo que en efecto sucedió. En cuanto se separó de él para ir al baño, Sven hizo de las suyas. A su regreso lo encontró repartiendo cartas con un italiano de estatura baja llamado Fabrizio y un joven yanqui cuyo estereotípico nombre, Jack, le iba bien por ser rubio y de rasgos femeninos. Olaf no tuvo otra opción que unírseles. Además de los boletos, el tahúr había apostado su navaja y reloj de bolsillo, cuyo incessante tictac les recordaba que el barco estaba por partir. “Eres un idiota,

Sven.” “Calla y verás”, le respondió su hermano. El italiano parecía vivir una angustia semejante, pues reprochaba en inglés latinizado al americano: “Jack, apostaste todo lo que tenemos”. El otro, apurando una fumada, replicó: “Cuando no tienes nada, no tienes qué perder”.

Último intercambio de cartas. Fabrizio y Olaf: basura. Sven: dos pares. Posible victoria. Jack revela, silencioso, su full house; acto seguido celebra estrepitosamente con su amigo. De repente, el americano es prendido de la solapa por Olaf, que encrespa el puño, pero termina impactándolo contra el rostro de su hermano. Esa sanguijuela le había ofuscado una vez más los planes. Adiós Nueva York, adiós viaje de tercera clase en el RMS Titanic.

No les quedó otra que ahogarse, con sus penas, en alcohol. Ni siquiera voltearon para ver partir el barco.

LAS VIUDAS

Nuestras almas, si es que las tenemos, envejecieron con este castillo en un pantano pútrido sembrado de picas con cabezas. Conocí a mis hermanas a los dieciséis años. Tendrían uno, dos o trescientos más que yo. Despreciables conmigo y entre ellas, aprendí a serlo yo también. Tríada de arpías, nos espantábamos los hombres, arruinándonos la cena. No importaba echar mano de ratas o sapos para sobrevivir, con tal de privarnos una a la otra del varón. Seducir a la presa era más satisfactorio que beber su sangre: eso lo sabíamos y lo usábamos en nuestra contra.

El Amo fingía placer para existir. Engatusar vírgenes le resultaba un simple trámite. Satisfecha la sed volvía, miserable e indigno, reptando a su sepulcro. Un noble centenario asediando villas bajo el esplendor de la luna, transformado en perro enorme porque el ingenio no le daba para más. Cada ocaso, a su despertar, ansiábamos entre sábanas de seda roja revivir con él nuestra noche de bodas, primera y única vez que nos dio a probar su carne, su sangre.

Pactamos una tregua: cuando Jonathan Harker, su huésped, lo desobedeció, nosotras ya habíamos decidido entretenernos con él. Descubrirlo temeroso bajo nuestra desnudez feroz pareció horadar el orgullo carpato del conde. A la noche siguiente nos obsequió su compañía: arañones lascivos, mordidas enloquecedoras. Hasta que vio por la ventana y rompió en carcajadas demenciales. Horrorizado, el invitado inglés luchaba al filo del alféizar, entre nuestro espectáculo de muerte placentera y el vacío. El Amo nos había utilizado por última vez.

Tras la partida de Harker, el Señor Oscuro hizo maletas para embarcarse lejos, abandonándonos en el castillo decrepito. Partió tan guapo y revitalizado, sólo para volver hecho una piltrafa ridícula que llegó a esconderse, a rastras, en las catacumbas sin dirigirnos siquiera la palabra. Cuando conocimos a la mujer por la que, según él, atravesó un océano de tiempo hasta Inglaterra, ella nos pareció francamente poca cosa. Con todo, la invitamos a unírse nos. Se negó.

Gustosas vimos cómo regresaron el inglés y sus amigos a cazarlo. Es más: los dejamos pasar. Harían un favor a todos, empezando por él, enterrándole una estaca en ese fruto seco que tenía por corazón.

EN LA ORILLA DEL FUTURO

I love you, Doctor Zaius!

Troy McLure

Como mandril furioso, el hombre impactó los puños contra la arena dorada de la playa. A sus ojos se revelaba, fatídica, la erradicación de su propia especie.

—¡Malditos sean todos! —lloró con amargura frente a aquella ruinoso Estatua de la Libertad que, hundida en el océano, enarbolaba una antorcha inútil de acero, apagada desde hacía eones.

Detrás de él, la joven rubia lo esperaba, embargada por la tristeza de ver a su compañero rabiarse de impotencia. Era tal la indignación de Taylor que no advirtió, a pocas millas de la costa, a una familia de simios europeos que vacacionaba en yate. El capitán colocó su telescopio entre el pómulo agrietado y la frente peluda.

—Veo una pareja humana vestida con andrajos; lucen indefensos. ¿No deberíamos ir en su ayuda, quizá adoptarlos, querida?

—El continente de los simios yanqui es tierra de nadie, mi amor: son animales salvajes y supersticiosos. Además, tenemos humanos amaestrados en casa.

—Como siempre, tienes razón, vida mía.

El chango menor jugaba, aburrido, con su videojuego portátil. Sus padres juntaron las trompas en un beso tierno. Tras ellos, un ocaso encandecido agonizaba sobre el Atlántico.

BARDO

El poeta semiciego descendió rebotando por las escaleras del avión. Lo recibieron en brazos jóvenes y no tan jóvenes talentos, y no tan talentosos, del medio literario y académico de ese país bananero. Al final de la fila, con un ramo de flores y portando un inverosímil chaleco salvavidas (que por sí solo habría atrapado la atención del bardo si éste hubiera podido verlo a medio metro de distancia), el joven Marty Mcfly lo recibió, hablándole con español agringado. Para su sorpresa, el otro le reviró con un inglés tan perfecto como el de Dickens.

Caminando por los pasillos del aeropuerto; a bordo del taxi rumbo al hotel; en el lobby del mismo e incluso dentro del elevador, jamás se despegó de su costilla ni cesó de importunarlo con preguntas filosóficas:

— Usted, maestro, es experto en paradojas. Alúmbreme respecto a ésta, se lo ruego.

Ante la puerta de su habitación, el cansado Borges replicó:

— Le voy a dar una, muy breve y rápida, porque eso de hablar con paradojas es de gente ociosa: si me deja usted en paz, pronunciarán mis labios la solución a su dilema.

El joven McFly quedó en suspenso.

— Y ya ve usted que aquí sigue, rompiéndome las pelotas, así que no puedo decirle más ni ayudarlo con su complejo edípico de viajes a través del tiempo.

Y al azotarle la puerta en las narices, despertó, bañado en sudor desde la frente hasta los calzones Calvin Klein. María Kodama, que era la encargada de comprárselos, le puso compresas de agua fría en la frente, hasta que Borges se tranquilizó.

HELLO, MY DARLING

John K.: En aquellos días, ¿cómo escribían historias? ¿Era más fácil que ahora?

Friz Freleng: No había historias, realmente.

Archivo de Animación de Hollywood, 1992

Por aquí extraje la caja de entre los escombros, esa cosa salió dibujada con sagacidad: una ráfaga verde ante mis ojos. Al primer atisbo me pareció un síntoma de jaqueca. Punto fulguroso, pelota esmeralda dando tumbos sobre el fango. Tenía ojos, seguro. Pero dónde los tenía, no podía determinarlo. Seguí a la criatura por todo el primer nivel de la construcción hasta que logré tenerla entre mis manos.

La caja de zapatos de donde salió incluía, también, un par de accesorios de gala que ningún anfibio podría necesitar. O eso pensé hasta que cayó sobre mí la maldición que implicaba presenciar su truco.

A la fecha, cada que veo a mis amigos de la Unión ACME de Albañiles De N. Y., me preguntan con tono burlón: ¿Qué cuenta la rana bailarina, Joe? Respondo que la enterré entre los cimientos para que no vuelva a ver la luz hasta el año 3000. Luego acompaño la carcajada grupal, dando a entender que mi esporádico lapsus de demencia ha concluido. Pero sólo yo sé la verdad.

Tenía vísceras y huesos. Los sentí bajo el tacón de mi zapato. Vi sus patas traseras, similares a las piernas de un hombre prensado por una aplanadora, estirarse, entrelazarse y retorcerse. Michigan J. Frog no volvió a zamparse el sombrero de copa ni a elevar su emblemático bastón, con los que adornaba su número artístico. Jamás volvió a sonar la orquesta imaginaria que acompañaba su gracia con *Hello, My Ragtime Gal*. No permití que volviera a hechizarme su acto musical, ni que me dejara otra vez en ridículo cada que yo buscara compartir con el mundo sus talentos.

La losa de concreto que deposité sobre el cadáver de la rana lleva rato palpitando. Con mi último resquicio de cordura, muerdo mi sándwich. La melodía retumba sonora dentro de las paredes de mi cráneo.

EDIPEMIA

— En resumen: soñarse en nupcias con la propia madre ha sido tormento de reyes y pastores por igual. No hay nada que temer.

Así concluye su seminario de 48 horas el Dr. Sófocles. Inicia la sesión de preguntas y respuestas. Una mano se eleva al fondo del auditorio:

—¿Y qué sucede si mis nupcias no fueron un sueño?

El celebrado autor ateniense pasa un trago de agua al tiempo que intenta deglutir tan aberrante proposición. Pone cara de asco y ve dubitativo su botella de plástico, como si acabara de descubrirla llena de orines.

— ¿Quiere usted decir acaso algo tan horrible como que...

— ¡Yo soy mi propio padre, Doc!

El académico barbón escruta con la mirada entre las butacas sombrías; su monda pelona, ideal para ser descalabrada por una tortuga, relumbra bajo los faros del escenario. El Dr. Sófocles se pone en pie y prorrumpe, colérico, mientras lo señala:

— ¿Eres tú, McFly? ¡Creí decirte que no volvieras por aquí!

ZED NO ESTÁ MUERTO, NENA

I. Sable sediento.

La tienda de antigüedades es silenciosa como la tarde. Maynard conserva la escopeta bajo el mostrador. Se pregunta cuándo volverá a usarla. Desearía que el caos interrumpiera esa calma enloquecedora; que de súbito un pelito de hombres rudos apareciera en su vida, rodara con violencia por la entrada.

Pierde la mirada sobre la espada Hatori Hanzo que reposa en la pared.

¿Cuántos siglos tendrá ese acero sin probar la sangre?

Suenan las campanas de la puerta. Esperemos que Zed tenga algo divertido en mente para esta tarde.

II. Este reloj huele raro.

Butch despierta sudoroso luego de un sueño agitado. *Flashback* recurrente de la infancia: un militar retirado le lleva el último recuerdo de su padre. Este reloj lo acompañó durante varios años en un campo de concentración. Siempre deseó que fuera tuyo, y para ello tuvo que ocultarlo en el único lugar que podía, en su culo.

Ahora lo persigue el mafioso Marsellus Wallace porque Butch le vio la cara, lo hizo perder un dineral en la apuesta de la pelea que se negó a perder por orgullo, por codicia, por diversión personal.

Por eso vino a pasar la noche en este motel y mandó a su novia,

Fabienne, a recoger algunas cosas. Sin duda, entre todas las pertenencias que debía traer Fabienne de su apartamento, esta era la más importante.

Y ahí está, en su maleta, el reloj de oro. Pueden huir para iniciar juntos una nueva vida, en algún lugar donde nadie reclame su cabeza.

Qué mujer tan considerada.

III. El pianista ciego.

Han transcurrido veinte años desde que Jules abandonó su vida de asesino y se dedicó a vagar por el mundo. Ciego y calvo, terminó tocando el piano en esta capilla remota, perdida en el desierto de Mojave. Esta mañana llegó hasta ahí un espectro del pasado, lo reconoció y se puso a hablar con él.

Le dijo que vendría un comando de sicarios samurái a causar problemas durante el ensayo de la boda: estaba informado, por si quería huir.

Sea lo que Dios quiera, dijo el ciego.

Conversaron otro poco en voz baja. No había vuelto a escuchar el nombre de Vincent Vega. Hasta ahora supo que a su ex compañero de fechorías lo arrojó Marsellus, el jefe, desde un balcón hacia el vacío. Todo porque lo encontró haciendo algo muy extraño con los pies de su esposa. Jules sonrió, murmurando el que sería su último *mother fucker*.

LLAMADA PARA EL DR. ROMERO

Una noche cualquiera, el viejo con gafas de fondo de botella, barba y cabello tan abundante como plateado, recibe esta llamada en su despacho:

—Doctor... No hay forma fácil de decir esto.

—He recibido malas noticias antes. Así que dispare.

—Sin duda es una expresión apropiada. Ya hemos disparado, y mucho. Verá... Alguien abrió el tanque. Los descuidados empleados de una casa mortuoria en las medianerías de Norteamérica han...

—Déjeme detenerlo ahí. Está llamando al número equivocado. En primer lugar, soy doctor en Derecho, no en Reanimación; en eso se especializa el Dr. West. En segundo, la persona que usted busca ya no existe: fue célebre por una película muy obscena, de terrible gusto, que pasó al dominio público sin dejarle al director un solo centavo. Finalmente...

El crujir de la línea acompaña al interlocutor en su expectativa.

—Aquí va, pues: separar la cabeza o destruirles el cráneo bastará para aniquilarlos. Considere esta información un regalo y no me vuelva a molestar, ¿entendido?

De nuevo, silencio.

—¿Qué pasa, sigue usted ahí o ya se lo tragó un muerto viviente?

—Sucede que no mueren ni siquiera de esa forma, doctor. Mire que ya lo intentamos. Al parecer estos *zombies*...

—No se atreva a llamarlos así en mi presencia, hijodetodasupinch...

Romero estalla en un grito, azota una y otra vez el auricular con-

tra el intercomunicador de su escritorio. Lo hace pedazos.

Pasan minutos, se calma. Observa sus títulos universitarios, que lucen orgullosamente en la pared de su oficina del Registro de Autor. Ve aquella foto junto a Tom Savini. Recuerda cuando lidiaron con esos malditos adictos al consumismo en el centro comercial.

George Romero abre la gaveta, traga al hilo cuatro *whiskeys* dobles y carga la escopeta. Dice para sí, casi gruñendo:

— Montón de amateurs.

EL VIEJO GEORGE

I La Noche

Se acodó en la barra y vio el juego de dominó de la mesa contigua. Dio un trago, su mirada se encontró con la del *bar tender*. Alzó las cejas, como celebrando el sabor de su cerveza.

Luego del bloque de comerciales, continuó la película de la noche. George apoyó el mentón en la mano y se sintió pleno. El *bar tender* apagó el televisor.

—Basura.

George sonrió.

—Violencia inútil –carraspeó a modo de respuesta. Alzó su tarro y sonrió.

Tres voces femeninas protestaron desde el otro extremo de la barra. Una mano larga con uñas negras colocó un billete junto al cenicero y pidió la película de vuelta. El viejo George emprendió un viaje con la mirada a lo largo de aquel brazo frágil, adornado con cadenas y tatuajes. Se topó con una carita de muñeca y cabellera larga alborotada, que lo miró con desprecio.

Se sintió extrañamente atraído.

—Te gusta esa película, ¿no?

No recibió respuesta. La joven volvió con sus amigas. El viejo alzó el tarro y, en uno de esos momentos en que todas las conversaciones confluyen en un preciso silencio, dijo para sí mismo:

—Yo la hice.

Las tres mórbidas bellezas se acercaron. Llevaban botas y tacones muy altos, faldas muy cortas, piernas muy piernas. Eran chicas *goth*, George vio un reportaje sobre ese movimiento en 60 minutos.

Se agazaparon sobre él.

—¿Tú hiciste esta película?

—Y unas pocas de las que siguieron —repuso y esperó a que llegara la seguridad que tal respuesta debía de darle. Pero nada.

—Demuéstralo.

Le sonrió a los del dominó, que habían olvidado el juego y veían azorados tanta pierna. George hurgó en su billetera, hizo a un lado la credencial de la tercera edad y sacó la de conducir.

II El Amanecer

George se pellizó el entrecejo, se arqueó entre almohadones de satín y sábanas de seda. Se palpó los huevos. No comprendía el alivio que le daba estar completo.

Trataba de calcular la distancia y las posibilidades de acercar sus calzoncillos sin destaparse, y se descubrió marcas de dientes. En todo su cuerpo. Arañones, mordidas y moretones. Consternado, vio algunas escenas de terrible extravagancia parpadear en su recuerdo. Cadáveres sangrientos y putrefactos, cientos de ellos, rodeándolo por todas direcciones. Velas, encaje negro y sexo, mucho sexo.

Una fiera se agazapó sobre él y le mordió el cuello. Vio con nitidez sepia y cinematográfica los tendones de su yugular estirarse cual bisteces crudos. Con la misma elasticidad de esos nervios expuestos recobró el

vigor, su hombría. Sintió en sí mismo la resurrección de la carne.

George hizo como que estaba durmiendo.

III El día

Muy cansado, el viejo George arrancó la última cortina de la ventana. Se asomó hacia la calle desierta. Revisó la profundidad de sus heridas, y gimió. Había seguido paso a paso las reglas del juego que él mismo había inventado tantos años atrás, en una época políticamente más complicada pero cuya cotidianidad circundaba lo práctico. Todos esos años, combatiendo motociclistas ensangrentados en un centro comercial, templos de adoración al consumismo; parapetándose horrorizado en algún desván para no morir devorado por carroñas insepultas, feroces; padeciendo una pequeña dictadura militar organizada por un regimiento de soldados dementes, todo para no morir, para no ser olvidado.

Pero no contaba con las chicas *goth*. Nunca volvieron a dársele los *plot twist*, hasta ahora.

Los sesenta fueron una decepción.

Apiló los cuerpos en el jardín trasero y les prendió fuego. Pellizcó la pus hedionda que, cada vez con menos sangre, manaba de las mordidas de sus brazos. Se sentó con la escopeta entre las piernas, el cañón en la boca, y esperó.

2. VOYERISMO ONÍRICO

Esas grandes horas de no-vida dominan la vida,
profundizan el pasado de un ser separándolo
mediante la soledad de las contingencias ajenas
a su ser.

Gaston Bachelard,
Poética de la ensoñación

Esta gente cree en el sueño. “En el instante de
dormirte, me explicaron, según hayan sido tus
actos durante el día, te vas al cielo o al infierno”.

H. Garro,
Tout le Mond

WISHBONE

Desconozco el nombre de mi flor favorita. Mi abuela la llamaba “perro”, porque esa figura sugiere con sus pétalos. Me lo demostró sentada en la banqueta con la rigidez, gracia y agilidad de un galgo. Mi abuela producía ladridos mientras la apachurraba, porque sólo así se consigue hacer ladrar a una flor.

Mi libro favorito debe ser no otro que el diccionario enciclopédico de mi abuela. Un mamotreto amarillento y oloroso, tan enorme como ya no los imprimen hace más de un siglo. Entre sus folios descosidos se habla de Anton Chejov, de Thomas Edison y de Porfirio Díaz, jóvenes de futuro brillante. Se describe el mesmerismo, la histeria, el mercurio de Leonardo. Es común hallar, fosilizados entre las páginas, tréboles de cuatro hojas tan marchitas como las manos añosas de mi abuela.

De pronto mi abuela encuentra, también, un perro aplastado entre las páginas.

Me ve y sonrío. Carcajamos conforme deja caer al piso la zalea peluda, plana y seca. Se hace trizas al instante. De su perro favorito queda sólo un montón de huesos triturados, pelos quebradizos, polvo. Forman una montañita a nuestros pies.

Es un libro grande, pesado, viejo. No contiene el nombre de nuestra flor.

AGUAMALA

Agláope, la de abundante cabellera; Telxiepia, la de pechos turgentes; Ligeia, la de escamas multicolor. Así retozan siempre las sirenas, como todas las criaturas del mito, con sus epítetos a un lado. Agláope, que rozaba los catorce siglos, buscaba desquitarse de Ligeia, la más joven, de apenas setecientos años. Tuvo la osadía de humillarla allá arriba en la superficie frente a los navegantes de Argos. Ligeia interrumpió el canto seductor para gritarle con sorna: “¡ya me dijeron, Agláope, que te apesta la cola a pescado!” Todo porque, a pesar de doblarle la edad, los náufragos delirantes mostraban un abandono más voluptuoso ante sus melodías hipnóticas.

La vieja quedó muy herida por la verdad del insulto, pues era consciente de que la cola de pescado le expelía, en efecto, un aroma rancio. Como castigo la mandó a recolectar coral carmesí a una zona muy remota detrás del palacio de Neptuno. Tan sólo por jerarquía, la joven Ligeia debía obedecerla. Además Telxiepia, que la secundaba en rango, tomó el lado de su hermana mayor y le aconsejó a Ligeia: *sigue el camino cálido: es la corriente que llega de lo más profundo. Va a guiarte hasta el gimnasio submarino, donde verás a los tritones. Ellos resguardan el coral carmesí. Debes escabullirte como trucha, ponerte muy buza para que no te vean, y hurtar el preciado coral. Lo reconocerás por su sabor acre. Tráenos tanto como puedas y se lo llevaremos a Neptuno para que te perdone la ofensa a tu sister.*

Exhausta, con el ánimo por los suelos y la cabellera alborotada volvió la tierna Ligeia:

— La marea cálida es insoportable: salobre, hedionda y atroz. Pero

di con los corales —les dijo—. No sé si definiría como acre su sabor; no lo gro quitármelo de la punta de la lengua —y hacía pucheritos.

Entonces extendió a puños llenos una dosis generosa de caca de tritón, mientras sus hermanas se doblaban de la risa. La habían mandado a la fosa séptica.

Al final del día, bajo los reflejos fractales del sol, vemos a las tres no muy lejos de la superficie: un nudo de colas, caricias, senos, ombligos. Neptuno las observa con mirada lasciva en las profundidades. Acaricia su poderoso tridente con los dieciocho tentáculos de su rostro. *Han hecho las peces*, dice al tiempo que expulsa vigorosos chorros de tinta y lo cubren por completo.

HASTA LA ESPINILLA

Tantos anuncios y campañas publicitarias. Imágenes brutales de pies gangrenados, lenguas vesánicas; corazones que colapsaron por la hipertrofia; pulmones hechos una pasa de carbón en cada cajetilla de cigarros. Y todo para qué, si cuando nos colonizaron los alienígenas gigantes, ellos también desarrollaron vicios. Entre otras formas de explotación humana dieron con la de secar cadáveres al sol, envolverlos en sábanas de papel arroz, prenderles fuego desde el cabello (una buena peluca bastaba para encender a los pelones). Se los fumaban hasta la espinilla. Era norma no consumir más allá de esa parte: en todas las galaxias se rechaza con igual asco el humo con olor a patas.

Cómo degustaban los extraterrestres el tronido de nuestros órganos, músculos y huesos deshidratados cuando se achicharraban. Les producía un placer de otra galaxia.

Por mera cuestión de sabor, de buqué, de textura, los no fumadores se volvieron la mercancía más cotizada entre los extraterrestres.

TEOREMA DE LOS HUMANOS INFINITOS

— Resulta, entonces, imperativo que dejemos de repartir humanos por el Universo para tratar de esclarecer un planteamiento teórico tan arcaico como ocioso. Hemos perdido ya la cuenta de cuántas galaxias y planetas fecundamos con semejantes criaturas; y al día de hoy, luego de millones de años, seguimos sin demostrar que uno solo de ellos haya escrito la obra de Shakespeare. Esto, claro, si considerásemos que se repitieran la calidad literaria y el ingenio nuestro glorioso bardo, hasta con el mismo nombre, en otro punto axial del cosmos. El teorema, esencialmente, nos habla de las probabilidades y del infinito. Tomarlo al pie de la letra ha sido un espantoso desperdicio de recursos de la Federación Estelar.

Con su velocidad característica, el conferencista humectó su enorme globo ocular, valiéndose del tentáculo retráctil que, según las normas de higiene, jamás tocaba el piso. El auditorio, rebotante de entes gelatinosos, estalló en escupitajos celebratorios. A la salida del evento se vendieron muchos libros.

ESPIONAJE MUTANTE

Desde su nacimiento, Iván Stokovich fue objeto de experimentos genéticos que alteraron drásticamente su apariencia y habilidades. Al terminar la Guerra Fría, la CIA reveló que un espía ruso de 49 años se había infiltrado en una típica familia americana. Los Kendrick, residentes en los suburbios de Illinois, recibieron inadvertidamente esta fuga de información, nada menos que en forma de un regalo para su hija.

Era el octavo cumpleaños de la pequeña Michelle Kendrick. El repartidor, con su cicatriz que iba de la sien al mentón y su acento europeo oriental, habría levantado sospechas, pero Mr. Kendrick no le prestó mucha atención. Él creía firmemente en la Tierra de la Oportunidad. Nadie supuso, pues, que este hombre tenía implantes electromagnéticos que sintonizaban las señales de radio que enviaba el regalo de la niña.

Durante meses, Iván codificó información para la Madre Rusia. Escuchó numerosas conversaciones sin que la familia Kendrick sospechara siquiera.

Con la caída del bloque soviético, se desclasificaron archivos que detallaban mórbidos experimentos zoogenéticos, revelando así la verdadera identidad del intruso. En pantalla del noticiero apareció la foto de aquel hombre de la cicatriz. Si no hubiera sido por este detalle, no lo habrían identificado los Kendrick. Lo peor vino cuando mostraron la fotografía de Iván y el animal en que lo convirtieron.

En su defensa, la familia argumentó que la idea de que el tierno caparazón de tortuga escondía a un espía mutante era no solo absurda sino completamente descabellada.

Lo único que alcanzó a ver el consternado padre de familia, cuando subió corriendo al cuarto de su hija, fue la pecera rota y goteando. Y a lo lejos a través de la ventana, divisó una tortuga corriendo erguida sobre sus dos patas traseras. En una de las delanteras llevaba una pequeña maleta y en la otra un cigarro. Sobre su cuello enorme, en la cabecita redonda, Mr. Kendrick habría jurado que vio un pequeño sombrero.

Hoy los Kendrick viven aterrorizados, convencidos de que el caparazón puede aún estar enviando señales de radio desde algún rincón oculto en su jardín, en un último intento desesperado de su antiguo inquilino, el espía mutante Iván Stokovich, por completar su misión.

DORMIR SIN BRAZOS

Darle vueltas a la almohada buscando ese elusivo lado fresco; colocar tirantes a la funda del colchón; invertir en costosas terapias de sueño, sólo para descubrir que el problema es parte de uno. Y el fraseo que elige este narrador no es accidental, como verá usted a continuación. Conozcan a Jon. Así, sin hache. Jon es usted. Veámoslo dormir. Mírese con atención, Jonsinhache. Ya lo ha hecho antes, cada que se sabe observado por su propio desdoblamiento sideral. Cortar ese enfadoso hilo de plata para descansar de una maldita vez por todas en el éter suena tentador, amigo; pero, ¡maldita sea, Jon Sin Hache! No sería conveniente presentarse muerto a trabajar mañana, así que deshágase de esas tijeras.

Corte de escena: Jon pasa de estar en pijama, con barba de tres días, despeinado y tijeras en mano, a reposar muerto y putrefacto frente al escritorio de su oficina. Todo esto en blanco y negro.

En Oniric VoyerInc. trabajamos con especialistas de la ensoñación y del descanso para brindarle a usted el servicio que merece. Póngase atención en el siguiente video: en la cama, Jon, sin hache, lucha por acomodar sus brazos. Los pone sobre su cabeza, a un lado, bajo la espalda. ¿Ha padecido mayor terror y desconcierto que al despertar de madrugada sobre su brazo frío, insensible, virtualmente ajeno? Olvídese de ello: en Oniric VoyerInc. Le amputamos los brazos noche tras noche. ¿No quiere irse al trabajo sin brazos? (Corte de escena: Jon, Así Sin Hache, azota la cabeza contra el escritorio, teclea con la nariz y con la lengua; auricular al hombro, toma una llamada con el dedo gordo del pie derecho). No se

preocupe: nuestro sistema clonométrico patentado le cultiva y fermenta un nuevo par en el transcurso de la noche.

El actor que ha interpretado a Jon a lo largo de estas cápsulas luce ahora fresco, jovial, alegre. Sigue sin tener hache en el nombre. A color camina por la playa al atardecer, juega al *frisbee* en un parque con su perro. Mi vida ha mejorado desde que duermo sin brazos. En un último corte de escena, volvemos a verlo rodando como fardo sobre sus sábanas; duerme, hecho un feliz taco de hombre sin brazos y nombre sin hache.

Son las tres de la mañana y el infomercial vuelve a comenzar. Darle vueltas a la almohada buscando ese elusivo lado fresco; colocar tirantes a la funda del colchón; invertir en costosas terapias de sueño sólo para descubrir que el problema es parte de uno, etcétera.

SALA DE RECUPERACIÓN

Como cuando entra cimbrando por la puerta un hombre gordo, el trombón correteaba sincopado al escuálido clarinete. Su persecución frenética se daba al cobijo de los párpados, en un escenario mental creado por la pequeña Gabriela.

Desde el accidente, la confortaban con especial calidez dos regalos sensoriales: la mano azul y suave de su padre acariciándole la espalda. Le aseguraba que todo estaría bien, que pronto se irían a casa.

Compartía con ella sus discos favoritos de jazz. El reverberar colorido de las notas las hacía cruzar el cenit en la noche eterna de su vida.

LA CABEZA DE JUAN

I will kiss thy mouth, Iokanaán.

Oscar Wilde,

Salomé

Me ejercitaba en uno de esos cachivaches que la televisión se ha empeñado en venderle a mi madre. Una escaladora cíclica dispuesta frente al baño cuya puerta, abierta, me mostraba en el espejo. No tenía cabeza: sólo mi cuello sangrante con las orillas coaguladas.

Desde la escalera me gritaba, muy enojada, mi mamá:

—¡Juan! ¡Ya te dije que te cosas esa cabeza! —Hilo quirúrgico y aguja eran táticos.

—¡Apúrate, que se te va a enfriar y a podrir!

Tomé la cabeza en mis manos. Estaba fría, pesaba, me veía.

Colgaban de ella mis cabellos largos. Jugué entre los pulgares mis bigotes. Estaba indeciso: no sabía por qué hasta que de mis labios imaginarios salió la pregunta: ¿se dice podrir o pudrir?

Como el sonido de pisar uvas descalzo, así hizo el cuello mocho al ser colocado en el librero. Extraje el *Diccionario de Uso* (DDU o dedeú) *María Moliner* (MM o ememe). Pero en vez de letras las páginas contenían figuras de encaje: holanes, flores, garigoleados en hilo. Motivos dignos de ostentarse en la lencería de una señorita. Qué maravilla. Sorbí mi termo de café desde el cogote. Encendí una pipa, encallada en la tráquea.

No me di prisa para coser de vuelta mi cabeza, que se pudrió.

Sigue donde la dejé, sobre el librero. Un ojo medio abierto ve para arriba, el otro se ha hundido; los labios inertes dibujan la sonrisa de un imbécil.

3. REALIDADES LÍQUIDAS

Digan lo que digan, las flores de plástico duran más.

Fabián Vique,
Los suicidas se divierten

PRIMER PASO

Mi abuela le puso El Trespasitos. Daba tres pasitos pa' delante, dos pasitos para atrás, inhalando una bolsa de pegamento a lo largo de la calle. Pantalones enormes, camisa abierta con el torso descubierto, tapón de mugre en el ombligo. Desaparecía unos días y regresaba limpio: greñas, uñas y barbas recortadas.

Una camioneta del Estado pasaba, cada tantos meses, recogiendo teporochos por la madrugada. Se decía que los bañaban con una manguera a presión. Luego los vestían con esa ropa grande: la gente que dona a la caridad no suele ser delgada, no vive con los huesos forrados de piel, como El Trespasitos y sus cofrades de banqueta. Finalmente eran devueltos a las calles. Así hasta que morían.

Pero un día, te lo juro, nos dejaron uno que no era el nuestro. Le dije a la abuela, a los vecinos, a la gente de la colonia: ¿ya se fijaron? Ese no es El Trespasitos. Nadie me creyó, ni se tomarían la molestia de hacerlo. Era muy parecido y con eso les bastaba. No reparaban en que este, en vez de marchar para adelante y para atrás, lo hacía de lado a lado de la acera.

OPUS SÁDICUM

— Anda, no me enojo. Háblame de tu ex.

TORO MECÁNICO

Los muslos de una vaquera en minifalda se aferran a la silla de montar, como la mano enorme de un bebé rechoncho a su sonaja. Jamones brillantes vibran, a punto de reventar la mezcilla que apenas cubre dos balones inmensos, suaves, aplaudiendo al ritmo de mi palanca. La echo para atrás: todo rebota; le hago creer que lo peor de la cabalgata ha pasado y en ese momento arremeto con vigor hacia adelante. Cada vez se deja ver más del interior, sin mostrar realmente nada. En los rostros de los testigos se lee la pregunta: ¿habrá algo debajo? Indignadas madres de familia luchan por sustraer a sus chamacos, que se aferran a la valla de contención tanto como los maridos.

La jinete desprecia toda oportunidad que le brindo para caer a la lona inflable. En el punto más álgido de nuestra trifulca, se da el lujo de soltar una mano, acariciar su cuello, el escote húmedo y brillante. Los gruñidos primales de los espectadores le son indiferentes: va sola. Estoy dispuesto a tirarla, pero no lo consigo. Es una campeona. Estamos jugando bajo sus reglas, no las mías.

El dueño del Rodeo no puede abrir los ojos por la sonrisa, dándome las gracias. Muy apenado, realmente triste: tiene que dejarme ir. Justo en mi primer día de trabajo. Su esposa hace fila para regañarlo por dejar que el espectáculo se extendiera durante media hora. Vuelvo todas las noches al Rodeo, buscando sin éxito a la vaquera.

ROZANDO EL BORDE DE LA GENIALIDAD

Le pareció que la reunión se había prolongado hasta esa orilla crítica de la noche, donde colindan la necedad ética del anfitrión con una cortesía estrafalaria, así que los despidió amablemente. Por aquí se fue el último invitado, Benjamín subió rebotando las escaleras hasta la recámara, donde despertó a su novio, que había abandonado la bohemia horas atrás. *Todos celebraron el avance de mi cuento*, le dijo. *Ajá*, respondió con muina. *En serio, debiste verlos*, dijo luchando por arrancarse un zapato en la orilla de la cama: *el pintor sonrió ante las imágenes; la dramaturga se sorprendió con el vuelco de la trama; el editor, sin escepticismo, me pidió que se lo mande para revisarlo. Incluso los poetas concedieron esa minúscula risilla aprobatoria con la que llegan a reconocer el talento ajeno.*

Su pareja, somnoliento, dio un vuelco entre las sábanas. *Ya duérmete, pues.*

Benjamín decidió que esa falta de interés podía tomarse como afrenta personal; y sin creérsela mucho, en ella halló ocasión ideal para bajar por otro trago. Todavía embelesado con su trabajo en progreso, decidió echarle una leída más. Luego de algunas copas, la lectura se volvió subrayado crítico con anotaciones, edición de detalles y eventualmente, a las seis de la mañana, masacre absoluta del texto original, que no guardó por ningún lado ni ha sobrevivido más que entre las pláticas de los contertulios de aquella velada intelectual.

Si se les indaga con mucha paciencia, puede llegar a escuchárseles decir: *claro, ese día nos leyó Benjamín un texto suyo. Traía la bragueta abajo. Le tiró la onda a mi esposo. Vomitó en una maceta del jardín.*

AMOR PROPIO

Me ofreció casi ingenuamente una mentira. Hice como que no la oí.

SEGUNDO PASO

Una mañana amaneció toda la calle pintarrajeada con aerosol azul metálico. Salí, cubeta de agua jabonosa y escoba en mano, a tallar los grafitis de las paredes. En eso vi venir un perro callejero, conocido por todos en la colonia; no tenía dueño, pero sí nombre. Lo llamaban El Tiberio. Enorme, blanco con café. Traía el lomo pintado. Los vecinos salieron a tomar el sol a la banqueta, a quejarse de la inseguridad, a intercambiar opiniones fatalistas: *ni al pobre Tibe perdonaron, malvientes.*

Tras El Tiberio llegaron otros cuatro canes por tamaño, indicador de su jerarquía en la manada. Unos más, otros menos, todos manchados de pintura. *Válgame dios*, murmuraban. En eso llegó, rezagado por la jauría, el barbón y despeinado Trespasitos haciendo el paso célebre que le daba nombre. Azul metálico de pies a cabeza. En el pecho, en el rostro. Pusieron especial cuidado con su barba. *Parece Papá Pitufufo*, dijo el de los tamales empujando su triciclo por la calle, envolviéndonos en una nube de vapor.

El Trespasitos nos vio como si no supiera qué hacíamos todos ahí, juntos, compartiendo con él ese momento irreal. A todos les pareció una tragedia cómica. Yo me pregunté cuánto habría batallado para encontrar su camino de vuelta.

EL SECRETO DE VICTORIA

Fernando se dirigió hacia la hielera sin perder el compás de la música. Le había hecho muy bien asistir a una reunión con sus amigos, tal como lo aconsejó la terapeuta matrimonial. Para que nadie se quedara sin beber, Fernando preguntó a gritos si alguien más quería cerveza. Esto ocasionó que todos voltearan a verlo y descubrieran, asomándose entre el cinturón y la camiseta, el encaje de una tanga.

— ¡No mames, Fernando trae calzones de mujer!

Fernando se puso tan colorado como las bragas que llevaba puestas. Fue la comidilla por el resto de la noche. Trató de explicarles, hasta con bibliografía, los numerosos artículos de sexólogos que recomendaban tales juegos para condimentar la vida en pareja y exorcizar de la alcoba al demonio de la monotonía. Maldijo la hora en que le hizo caso a la terapeuta. Se sentó a esperar que algo o alguien más causara una distracción y lo reemplazara a él como botana de la noche. Pero nada, a cada rato, en especial Javier:

— Ya, Fer, enséñanos los calzones; ¿te pusiste liguero también?

Y al rato:

— Bueno pero ya, en serio: ¿haces pipí sentado o qué, cabrón?

Fernando no hacía más que beber y simular, cada vez con mayor esfuerzo, una risa frívola ante las bromas de sus amigos.

— Oye, Fernando, ¿y no había un calzón menos putón?

— Cállate, no ves que es de su señora.

— Ay, sí es cierto. ¿A verlo de nuevo?

De repente querían meterle la mano para jalar el hilo y estirarlo hasta darle un golpe en la cadera. O insistían:

— Pero tienes que haberlo combinado con el *brasier*; si no, no cuenta, ¿verdad?

Y así por varias horas. Fernando, ya ebrio, decidió que no podía aguantar más burlas ni beber más alcohol para protegerse del escarnio. Se quitó del muslo la mano de Javier, que con el paso de los tragos se había obsesionado con el travestismo de su amigo, le hacía bromas cada vez más próximas a la insinuación y le hablaba muy de cerca.

— Déjame ver, Fercito; así de compas, y ya no te molesto.

Fernando dijo que iba a mear, con un tono seco de mentada de madre cuya hostilidad a Javier le pasó totalmente inadvertida. Pero se dirigió directo a la puerta y se fue a su casa sin despedirse de nadie. Como a la media hora, Javier se cayó de una maceta por tratar de espiarlo desde la ventana del baño.

SUBLIMAR AMOR

Emerge ardiendo, voluptuosa propulsión en el pecho. Suena bien para tratarse de una agrura.

FITO

De inmediato reconozco avenida, árboles, casas. Los mismos viejos de hace veinte años siguen, como entonces, a sus perritos con bolsas de caca en la mano. Aprieto el timbre, predecible *dingdong* cuya suavidad, sin embargo, me angustia. *Buen día*, saludo.

Se trata de una mujer joven, vestido floreado a la rodilla, pantorri-llas fuertes. ¿Qué vende? Me veo la ropa y el gafete. *Bueno, yo no...*

Sale tras ella un hombre. Corbata, pipa. La familia *Coca-Cola*. Abraza a su mujer y juntos bloquean, inmensos, el marco de la puerta. ¿Qué se le ofrece?

Explico: sucede que me separé de mis padres hace mucho; sucede que vivíamos en esta casa y sucede que, en ese momento, a la mujer se le deforma la cara. Lee “Rodolfo” en mi gafete. Grita: ¡Fito! Luego suelta un alarido y se desmaya.

Adentro, la sala igual; la televisión con sus antenas de cucaracha. Hasta el pendejo de Chabelo se ve lozano. Mi padre toma asiento frente a mí, escarba su pipa. Me examina. *Sigues comiéndote las uñas*, sentencia con cara de fuchi en cuanto me ve las manos, que escondo en un arranque de vergüenza e inseguridad doblemente efectivo porque llevaba muchos años sin experimentarlo. ¿Eso tienes que decir, después de tanto tiempo?, protesto. *Bueno, a ver, cuéntame: ¿cómo te va? Mal, jefe: saliendo del orfanato, calle. Drogas, navajas, cárcel.* Él chupa su pipa, perfuma la sala con ese aroma, ahora lo identifico, de mi infancia depresiva. Hace ademán como de invitarme a seguir. *Tengo problemas con las mujeres y con el alcohol*, le digo; *vendo*

porquerías chinas de puerta en puerta. Mal, hijo, muy mal. Mal es poco, jefe; yo diría: de la chingada.

Volteo a verla a ella. ¿No vas a decir nada, mamá? Ay, Fito. A ver, pásame mi bolsa. Está arriba, en la cama, donde siempre. Donde siempre, todo como siempre; no me extrañaría encontrar mi habitación igual. Intercambian una mirada comprometedora. Subo corriendo a mi cuarto, ellos tras de mí. Ahí sigue todo: mi póster de Michael Jordan, mi cobija de los Thundercats, mi Supernintendo. Lloro entre la euforia demencial y la nostalgia. Se acerca mi madre, billete en mano. *Toma, vete de aquí pero rápido, susurra. No necesito tu dinero, protesto. Soy un hombre: tengo treinta años y este es mi cuarto. Ustedes son los que se tienen que ir.*

Trepan por las escaleras pasos flacos pero fuertes. *Ya no lo es, dicen.*

Un escuincle se planta entre nosotros. Es como yo de niño, pero sin raspones en las rodillas, sin dientes chuecos, sin ese chispazo en la mirada que indica estar buscando a quién chingar. *Tenemos un nuevo Fito. ¿Un qué mierda? Tranquilo, hijo: Aunque no lo creas nos afectó mucho perderte. Cuando nos separamos de ti... Cuando me botaron en el orfanato, querrás decir. No fue fácil, hijo. Pensamos que no servíamos como padres. Nos íbamos a retirar desde entonces, como ancianos prematuros, a la playa, a morir a la mar. Pero un día, cuando vimos, ya estaba Fito en la mesa ocupando tu lugar, comiendo decentito. Con mantel, sin tener todo hecho un desmadre, ¿entiendes? Y al concluir sonrío, tallándole el pelo al niño.*

Además te lo advertimos. ¿Sí o no se lo advertimos, mi amor? Todos los días era decirte lo mismo: Pórtate bien; si no, te vamos a regalar. Es que no sabes, eras tremendo. Salte del lodo fájate la camisa cómete esa pinche sopa. Por una oreja te entraba y por la otra, como ahorita, míralo, nomás le falta babear. Chasquea los dedos a la altura de mi rostro, y se me acerca: despierta, Fito,

caramba. Te vas a la luna y allá te quedas, y el plato de guisado bien gracias se llena de moscas. Por eso, comprenderás, dijimos ya, por favor, súbelo al coche y llévatelo a la chingada, a ver quién lo quiere. Te la cumplimos, mijo; se te decía y si no querías creer que lo haríamos, ese fue problema tuyo.

El pequeño Fito me patea la espinilla. Considero mis opciones: salir de ahí con la ropa jaloneada, arañones en la cara y marcas en el cuello; el gafete con mi nombre salpicado de una sangre mía y a la vez, quizá, ajena.

Opto por lo más tranquilo, la humillación silenciosa de aceptar el dinero y huir. Venir a la cantina a brindar conmigo mismo en el espejo tras la barra, entre el barman, las botellas y nuestro reflejo. Me dedico a esperar que tarde o temprano, así tome otros veinte años, un nuevo Fito venga a buscarme para acompañarnos en nuestro dolor.

Juan Rivas

POETAS

Dice que, si pasa un día sin escribir, se desespera.

TERCER PASO

Estaba formado en la pollería cuando El Trespasitos se acercó a la fila para mendigar. Olor a caño, a podredumbre, a hombre muerto en vida. La señora que iba delante abrió su bolsa de hígados con cara de asco: ¡toma, pero vete, por piedad de Dios! Tan grave fue su tono que cuando dijo dios lo dijo con mayúscula.

Pero El Trespasitos no se fue: comió los hígados crudos enfrente de nosotros, sin dejar de vernos mientras engullía ruidosamente, confundiendo los sonidos de las tripas ingeridas con los de las suyas propias, que se despegaban luego de mucho tiempo para recibir comida (y esto es abusar del término “comida”) en vez de alcohol. Ahí estaba, pues, la piedad de dios.

Entonces me inspiraba miedo. Habré rondado los doce años. Ni ganas tuve de gastar el cambio en maquinatas. Lleno de terror, le puse en la mano la morralla. Él me vio desde sus sueños.

— No le des dinero, hijo. Se lo gasta en Resistol y solventes, para drogarse.

Aunque eso yo no lo había considerado, tampoco me hizo arrepentirme.

A tres calles del mercado lo vi en la tlapalería. El Trespasitos se esforzaba por entenderse a señas con el dueño que parecía un actor aburrido ensayando la escena de siempre con un amateur. A la de tantas le entregó, fastidiado, el thinner, y se puso a contar las monedas que antes fueron más. Tras él, en el aparador, se exhibían muchas latas de pintura en aerosol.

Nos vimos a los ojos.

El tendero me sonrió, alzó los hombros a la altura de las orejas y extendió las manos como haciéndome una interrogación cómica.

Por la noche decidí escaparme en busca de los pandilleros. *A poco sí cotorreas, morro*, dijeron al tiro mientras uno me extendía el cigarro, que yo acepté. Fumé tan bien como pude, o sea muy mal. Los maté de la risa y me aceptaron. Saqueamos la tlapalería, bebimos alcohol de caña con El Trespasitos en la banqueta. Nos pintarrajearon. Desperté en mi alcoba, de madrugada, con las sábanas adheridas a la piel.

Dejé huellas de pintura azul metálica dentro y fuera de la casa; se extendían por toda la colonia. Su recorrido me condujo por cada esquina repleta de botellas rotas y colillas de cigarro; por cada pared grafiteada; por cada poste orinado y por cada banqueta vomitada. Siguiéndolas esperaba dar con El Trespasitos. Pero ya no volví a verlo.

DAVE, *THE DESTROYER*

Dave, El Destructor, enarbola por los aires el micrófono con todo y base. Lo enorgullece la tensión de su tríceps tatuado y macizo frente al público que lo aclama, sediento y sudoroso. Hordas de motociclistas sin camisa y jovencitas *goth* se desgañitan con él conforme asciende, para ostentar prodigiosa voz, del barítono grave al falsete desquiciante durante el coro “las entrañas del amor”.

Pura poesía, carajo. Esa noche los reflectores lo favorecieron. Iluminaron con gracia aquella gota de sudor que se deslizó por los canales de un abdomen esculpido en el Olimpo.

Dave se agarró a madrazos con los de seguridad, participó en una orgía con siete *gruppies*. Despertó en la sala de emergencias, entre doctores que hablaban un idioma incomprendible y letreros en alfabeto extraño. Dave tenía un pene de plástico alojado en el ano y varios jeringazos sobre el brazo. Una noche más de su gira con los Médula, para quienes grabó dos discos, tres videos y esta presentación en directo desde Latveria.

El *riff* enloquecedor de *Las Montañas de la Locura*, sencillo del álbum homónimo, regresa más lento, atronador y solemne; lo cual, de algún modo, le agrega cierto carácter obsceno. Conforme, Dave ataca el aire cinco veces. Recuerda que había un semitiempo, mero capricho del baterista. Suelta el gruñido que ha de rematar su gira, su etapa en la banda, su carrera.

El fan número uno del Destructor se conmociona hasta las lágri-

mas. Mata con una calada profunda su cigarro y empina la sexta caguama de la noche. Sus ciento cincuenta kilos se arremolinan de gusto sobre el sillón, frente a la pantalla. Extiende el brazo tan lejos como puede para alcanzar el control remoto y repetir el concierto. Suda mucho. Puede ser el cansancio de moverse; las drogas, los tacos, la emoción.

En una de esas David, el otrora Destructor, baja el peso suficiente para vestir de nuevo los pantalones de cuero, el chaleco de mezclilla y, por qué no, se reúne con los Médula.

Gustoso, destapa su última caguama. A la luz del monitor, conforme se repite su último concierto, comienza a punzarle el brazo.

El último cigarro se consume solo hasta apagarse.

LECTURAS PENDIENTES

Supé, por Freud, que tengo una novela familiar que no he leído.

SANTAMARÍA

La primera dirección que me aprendí fue 40 poniente número 510, colonia Santa María. Era tan fácil de recordar como de ubicar caminando desde el centro de Puebla. Mi mamá y yo llegamos a vivir ahí con mi abuelita cuando yo iba en segundo de primaria. Me metieron al Colegio Salesiano en la 2 norte y 28 poniente. Era una escuela gigante que ocupaba toda la manzana. Escuela católica y, a inicios de los 90, todavía exclusivamente para varones.

El primer día me emocionó ir con uniforme de gala: pantalón gris, saco azul marino, camisa blanca con corbata. Mi mamá se acuerda con mucha risa de que, cuando llegó por mí, salí en tropel entre un montón de niños desquiciados, con la camisa desfajada y la corbata amarrada en la cabeza. Probablemente me sentía Rambo.

Yo eso no lo recuerdo. En cambio, tengo muy clara la ceremonia de inicio del ciclo escolar. Tenía una mochila azul de Aladdin con el genio. Retacada, a reventar. A las escuelas privadas se les obligaba a llevar los libros de texto de la SEP además de los libros de editoriales privadas que fueran de su elección. De manera que el primer día de clases lo mandaban a uno con todo el arsenal. Tuve pues que descansar en el piso mi carga de dromedario en el Zahara y, cuando llegó la hora de avanzar en fila rumbo a los salones, no la pude levantar por lo mucho que pesaba. Decidí entonces tirarme al piso para ponerme primero los tirantes y en un prodigioso movimiento de levantador de pesas, erguirme con todo y mochila. No se

pudo. En la ceremonia había padres de familia. Un señor que andaba por ahí se compadeció de mí y me alzó junto con la mochila, o a ésta junto conmigo, y así fue como pude andar.

Los prejuicios que se tienen en torno a la educación en escuelas religiosas son reales. Había misa obligatoria cada lunes y nos presentaban las fábulas de la Biblia como acontecimientos históricos fehacientes. Y la maestra, *miss* Lupita, una vez nos dijo en clase que la teoría de la evolución era absurda e improbable. Prueba de ello era que hoy día hubiera cambios en los zoológicos, y que éstos no hubieran tenido aún la ocurrencia o el buen tino de evolucionar para convertirse en hombres. Una prueba más de lo perezosas que pueden ser algunas gentes que no luchan por superarse, supongo. En ese momento sentí una inquietud profunda por intervenir. Deseaba explicar lo que había aprendido en algunos libros ilustrados de anatomía y evolución humana. Ahí se trazaba claramente el progreso desde una musaraña; se empezaba por un tapir y un mono araña, algunos primates inferiores y, desde luego, al final se llegaba al hombre. Alto, mamado y güero, eso sí. Pero hombre.

Aprendí más de Ciencias Naturales con mi abue que con *miss* Lupita. Ella me iba a dejar al Salesiano todas las mañanas. Bajábamos por la 40 hasta la 5 sur; pasábamos por la iglesia de San Rafael y nos metíamos en la 28. Las callesapestaban a cañería porque la avenida principal, el Boulevard 5 de mayo, se construyó sobre el río San Francisco, que entubaron en la década de los 60. Al dar vuelta sobre la esquina de la 26 poniente y la 2 norte una mañana vimos un perrito atropellado. Alguien lo dejó sobre la banqueta apoyado contra la pared.

Cada mañana durante los próximos días vimos al perrito inflarse, volverse gordo como un globo. Abría cada mañana un poco más el ho-

cico y exhibía colmillos amarillentos. Mi abuelita me explicó que estaba a punto de reventar. Cuando pasábamos junto al cuerpo yo esperaba que en ese momento reventara y nos bañara en sangre y tripas. La mente fantástica de los niños. De repente una mañana mucho antes de dar la vuelta percibimos un olor putrefacto, repugnante. Se me hace que ya reventó, dijo mi abuelita. Me emocioné como si fuera la mañana del 6 de enero. En efecto, la carroña del animal estaba abierta, órganos y huesos expuestos. Era una peste asquerosa. Mi abue me tiraba de la mano, se tapaba la nariz con la otra y me conminaba a caminar, a no quedarnos, a no verlo detenidamente y mucho menos beber aquel olor tan desastroso.

Pero cómo me iba yo a ir sin observar con atención aquel espectáculo de la naturaleza, ese proceso tan elemental al que nos dirigíamos inevitablemente todos los seres vivos. Adentro de la escuela nos hablaban de resurrección. Pero no daban pruebas. Aquí afuera en cambio había evidencias palpables de la vida a partir de la muerte. El perrito comenzó a infestarse de gusanos. Disminuyeron sus dimensiones; perdió poder y alcance la enloquecedora peste de su olor. Eventualmente, el perro desapareció. Sin duda se lo llevaron, pero a mí me gusta más pensar que volvió a la tierra.

SÁBADO CON VAN DAMME

Era sábado y amaneció lloviendo. Pero los sábados eran para irme temprano a ver a mi abuelita y a mi tío en la casa de Santa María. Llegaba a desayunar con ellos, seguramente una buena torta de jamón o de salchicha con aguacate y rajas y un buen cafecito. Veíamos un rato las luchas y mi tío, después de fumarse un montón de cigarros, se metía a bañar. Al salir, se ponía un pantalón de mezclilla medio roto, una playera, sus botas de casquillo y nos poníamos a trabajar. Siempre había algo que hacer en la casa: albañilería, plomería, carpintería.

Desde temprano me sentía dos tres agripadón, pero igual me vestí, me abrigué, le pedí a mi mamá mis seis pesos para el pasaje de ida y vuelta y me fui a esperar la Ruta 1 en la 105 poniente. Más chavillo agarré cayó para andar en camión. Era típico que mi tío me dijera: vas a la 9 sur entre 6 y 8 poniente a la ferretería donde fuimos la otra vez y me traes tantos tornillos de éstos y dos metros de manguera de esta otra y aquí hay veinte pesos y me traes el cambio. Me entretenía ir, porque pasaba a los puestos de revistas a ver qué nuevos cómics o álbumes de estampas encontraba. Pero nada más los veía. Era raro que tuviera dinero para comprar. Me conformaba con ir y venir y pasar un buen rato por las noches pensando que tenía todos esos cómics y álbumes de estampas, aunque tuviera ya un montón junto a mi cama, leídos y releídos y todavía algunos por leer.

La Ruta 1 pasaba seguido, como cada 10 minutos. Lloviznaba o más bien caía lo que mi abuelita llamaba lluvia mojapendejos: porque es finita pero tupida, y pareciera que no moja pero empapa. En lo que pasó la ruta tampoco me empapé pero sí ya iba algo mojadón. De chofer me tocó el Elvis. Era un señor que se peinaba como Elvis, hasta las patillas tenía; usaba camisa blanca y chamarra de piel. Escuchaba, obvio, a Elvis. Pero también luego iba oyendo música clásica o *hard rock*. Su unidad siempre olía bien, estaba cubierta como de terciopelo rojo, muy acá. Y como hacía frijolito, pues estuvo suave el recorrido. Los choferes de la 1 de por sí eran tranquilos, no había cafres como los de la 2000 o el Loma Bella (Los Más Bestias). El Elvis hasta era amable con los pasajeros, de esos que ayudaba a las viejillas a bajar y que pasaba con cuidado los topes y que esperaba con paciencia a que subieran todos los pasajeros. Mientras, los otros choferes lo rebasaban o se le emparejaban nada más para tocarle el claxon, pintarle huevos y decirle “Ahí te ves Elvis Cochín”.

El viaje fue súper tranquilo por la Nacional, entre las calles húmedas y los árboles verdes; por la 11 sur desde Agua Azul hasta la diagonal Héroe de Nacozari. Me bajaba en la 40 y caminaba hasta la 5 sur un par de calles.

Llegué, como de costumbre, a casa de mi abuelita y de mi tío en cuestión quizá de media hora. Pues qué tráfico iba a haber en ese día, a esa hora. La casa donde vivíamos mi mamá y yo, a ellos se les hacía lejísimos. Del otro lado del mundo, decían. El Quinto Infierno, La Patagonia, Casadesuchi.

Después de la ya mencionada torta y cafecín empezó a entrarme el bajón. Cuerpo cortado, dolor de garganta, una mano invisible y ardiente me oprimió el rostro. Eran como las 9 de la mañana y afuera la lluvia

persistía. En lo que mi tío se metió a bañar, fui a la recámara. Era una casa grande pero mal distribuida. El cuarto enorme donde vivíamos mi mamá, mi tío y yo, seguía teniendo las camas de cada quien. Aunque ya llevaba yo unos cuantos años sin vivir ahí, me acosté en la mía. Desperté como a las 11. Seguía lloviendo. Mi tío estaba acostado en su cama, fumándose un cigarro y viendo la televisión. Caja idiota, la llamaba.

Entre la pesadez de mi sueño y las voces inmortales de *Los Pica-piedra* escuché que sonó el teléfono. Era mi mamá. Mi tío lo sabía porque tenía identificador de llamadas. Por eso contestó así:

— ¿Qué chintetes quieres?

Siempre se llevaron pesado. Siempre era lo mismo. Mi mamá preguntando por mí, quería saber si ya estaba yo allá.

— No, no vino.

Entonces le estaría diciendo “no friegues, Raúl, tiene mucho rato que salió”; y mi tío insistiría en que yo no estaba, en que no me había visto, en que ni siquiera me conocía. Eventualmente se reiría. Como fue. Entonces le preguntó:

— ¿Para qué lo quieres? Es mío y no te lo presto. No, no te lo paso.

Entonces me volteó a ver. Me extendió el teléfono.

— Te habla tuchi.

Medio abrí un ojo. Así me habré visto.

— Está malón. Voy a tenerlo acá. Vamos a ver la caja idiota todo el día.

Después de un rato desperté todavía más resfriado, pero ya sin sueño. Mi abuelita me llevó el infalible tecito de manzanilla con anís y vaticinó que habría necesidad de mandar traer de la tienda de don Toño un agua mineral y un Sidral Mundet.

Ese día no trabajamos en nada de la casa. Nos quedamos en nuestras respectivas camas viendo tele. Tocaba como cada sábado la trilogía del Cinco y ese día pasaron *Contacto Sangriento*, *Timecop* y *Soldado Universal*. Afuera siguió lloviendo.

CON LA BOCA LLENA

—Mo-men-ti-to —mi compañero entonó como una melodía las sílabas de la palabra—. Al inicio de la novela, la niña está muerta; vemos, sí, que transportan a todas partes su cadáver. Pero ella no habla.

—Obviamente no —dijo alguien casi con sarcasmo—: si está muerta, no habla. Sin embargo, es un personaje.

—No creo —insistió el cuate—. Porque, etimológicamente, personaje es *per-sonare*; o sea: para sonar; es decir: para hablar.

Volteamos a verlo, esperando que resolviera la controversia.

Sentado tras el escritorio, el profesor nada más alzó las cejas.

4. LAS ESTACIONES NO LE TEMEN A LA PARCA

Seasons don't fear the reaper,
Nor do the wind, the sun or the rain.

Blue Öyster Cult,
Don't Fear the Ripper

[...] hablaba al alma de lo más confuso, de lo
más brutal, de lo más inútil de la vida tonta...

Francisco Tario,
"La noche del hombre"

TRICLOPEA

Por la madrugada, muy cerca de la cantina, se oye un disparo. Felipe está por salir a indagar; el cantinero lo detiene. *Es mejor que te lleves al tuerto,* le dice. ¿Por qué?, pregunta con desconfianza. *Porque tres ojos ven mejor que dos.*

Se desternillan; las carcajadas rompen la tensión.

Afuera, una bala perdida mata a Felipe.

El bartender arroja al tuerto una mirada sospechosa y cómplice. Este se la devuelve a medias.

VIGILAR Y CASTIGAR

Llegan por él a su celda. Lo llevan al mismo cuarto apestoso.

—Otra golpiza —murmura el prisionero con indiferencia.

—Creemos que no hará falta —dice sonriente el detective Mercucio del Toro—. No por ahora.

Extrae un sobre con fotos. Al ponérselo enfrente, ve al reo por primera vez palidecer. No obstante, cuando le muestran la primera, vuelve a poner cara de piedra. Era el cadáver de Sara en la plancha de la morgue:

—¿Y esto qué?

—Repasemos de nuevo tu historia. Según tú: forcejeaste con ella para quitarle la pistola; le rompiste el dedo anular de la mano izquierda. Durante el forcejeo, ella te disparó en el muslo derecho. Rodaron, desperdiste y la encontraste fría, con el cuello roto. ¿No?

—Es mi verdad histórica y me atengo a ella.

El detective resopla, por la nariz, una casi-risa de fastidio.

—En el coche de la víctima encontramos su celular. Lo malo es que pedía contraseña. Aquí a mi colega se le ocurrió desbloquearlo con su huella digital; lo vio en un capítulo de *CSI*. Y ahí vamos para la morgue. Probamos con la mano derecha de la difunta. Nada. A la otra hubo que quitarle el palito con cinta adhesiva. Esa fue la buena. Pero ahí no quedó todo. Ya íbamos de regreso en la patrulla y mi colega se orilla de repente. Me dice: Oye, güey, ¿para qué le entablilló el dedo, si ya estaba muerta?

Los policías ríen. Al interrogado se le empapa la frente de sudor.

—Bueno, en lo que llegaba la ambulancia; ve que le dije que...

Mercucio desenfunda el tolete. Lo deposita casi con amor sobre la mesa metálica.

—En su correo electrónico vimos unas fotografías muy interesantes, enviadas desde tu propia cuenta una hora antes de que llamaras a la ambulancia. ¿Las mandaste por error?

El reo repite lentamente la palabra “fotografías”, como para ayudarse a entender lo que acaban de decirle. Mercucio del Toro contempla con solaz el nacimiento torpe y lento de la deducción. Es evidente: Sara logró destruirlo antes de morir.

—Mi teoría es que debió ser Sara, que descubrió sin querer tu secreto y amenazó con denunciarte. Los viejos somos torpes para la tecnología, dejamos sesiones abiertas, caemos en estafas cibernéticas, mandamos saludos a nuestros sobrinos en una publicación de Coca-Cola. Buscamos torpemente rejuvenecer junto a una chamaca veinte años menor. Sara estudiaba Psicología, ¿cierto? Te pidió la computadora, seguramente para mandar su tarea sobre ese tal Foucault. Muy interesante. Me gustó todo eso de la tortura a los criminales. Uno ahora tiene que esconderse pa’ lidiar con la escoria como tú. Pero antes era con público y hasta le aplaudían a uno. Qué gusto daría venir a trabajar así, ¿verdad, pareja?

—Ey.

— Eso mero digo, prefiero lo de castigar que lo de vigilar. Venía contándole a mi compa lo que medio entendí. Ahora ve estas fotos. El niño de aquí es tu sobrino, ¿no? Mira, este condenado panzón de piernas flacas se parece a ti, ¿no crees, pareja? Han de ser parientes. Pero quita esa cara, hombre: el profesor de Sara contestó: le puso un diez.

Borbotón de llanto; macanazo al abdomen, cachetada a la sien.

Le hormiguea la mano. El detective Mercucio del Toro le dice al otro policía:

—Ve a pararte en la puerta, pareja. Primero tú vigilas y yo castigo. Luego cambiamos.

LIVING DEAD ROOM

Al principio no tuve energía para arañar desde adentro. No fue sino varias horas después de que se vertió la primera palada de tierra, como con un siseo felino, que recobré el control y el movimiento de mis miembros para patalear y revolcarme dentro del ataúd. *La cosa se puso seria*, me dije. Suicidio: no había de otra. Todo era preferible a morir enterrado vivo. Sudor, sofocación, halos fosforescentes.

Llevaba rato en aquella oscuridad insoslayable, estrangulándome con mis propias manos, porque cómo más se va uno a suicidar ahí abajo. Qué va. Probó ser tan inútil como hacerse cosquillas uno solo. Azoté mi cabeza contra la tapa. Una, cinco, treinta veces.

La trigésimo primera, no obstante, debió ser la buena. Porque de pronto me encontré sentado, cubiertas la cabellera y el saco de astillas, de tierra, de sangre. Vi las constelaciones, las nebulosas, la marejada luminosa del universo en el firmamento nocturno. Sentí la brisa sobre mis pómulos que casi se escarcharon al instante. Luego, al asomarme tras un montículo de tierra, vi en el horizonte a Estela. Vestía de luto, llevaba un ramo de claveles entre las manos.

Ya. Seguía enterrado.

Una vez más y como siempre, si la vida me sonreía era con ironía, porque planeaba darme una patada en los huevos. Anhelé en cambio la sonrisa cariñosa y cómplice de la muerte.

Horas o días más tarde exploré mi féretro. Ahora me parecía enor-

me, espacioso: un departamento. Lugares ideales para poner un televisor; chimenea, tapete de piel de oso. Sillón de lectura, mesita de café en el centro del *living room*. Un *living dead room*, imagínate.

El problema, descubrí, eran los vecinos. La vieja de junto fue sepultada bocabajo: terrible augurio. Las cuatro generaciones de una familia inhumada en el 48-E me advirtieron que no le hablara. Era bruja. Pero doña Esperanza preparaba el té más sabroso. Ella me hizo pensar en ti. Eso fue lo que me enganchó al sueño durante la vigilia: los astros. La vieja se te parecía tanto. Me recordaba a ti, Estela. No deja de dolerme que no asistieras a mi funeral. En lo que iba Esperancita a quitar el caso de la lumbre, a la luz de las velas, meneaba las caderas y marcaba con cadencia un ritmo sensual, chasqueando los huesos de los dedos. Aretes de gitana: joyas brillantes, prendidas apenas por los últimos cartílagos muertos, fosilizados en su cráneo. Dijo algo clave: *estás sudando, muchacho. Los muertos no sudan*, respondí. *Pues qué chambón el médico que te haya mandado a morar entre nosotros*, dijo y guardó silencio.

Luego se tapó la calavera con ambas manos y fue separándolas poco a poco. Era su forma de sonreír, revelándome los dientes.

EL DIABLO DE NUEVA JERSEY

Sobre el follaje espeso de las copas se eleva otro alarido fatal. Abajo, el chorro de sangre se estampa contra la corteza de un árbol. Cadáveres se apilan con la piel hecha jirones y el rictus final abominable. Los leñadores corren, gritan, disparan sus escopetas, sacuden las linternas.

Desde un recoveco entre la maleza y el fango, los ojos brillantes de Sasquatch observan. Hocico sangriento, pelaje encrespado, llora. Sólo quiere que lo dejen en paz.

LA DAMA Y LA CARABINA

Nerón Santos contrabandeaba armas desde el otro lado de la frontera para la División del Norte. Siempre buscaba los *saloons* del Oeste, frente a los cuales no podía faltar una casa de empeño. Pistolas *Colt*, revólveres *Peacemaker*, el rifle *Mondragón* de algún desertor mexicano. Y lo inverosímil: dentaduras postizas, bacinicas, mamelucos con la entrepierna manchada de un óxido mierdoso. Gringos asquerosos.

En una ocasión el tendero se le puso bravo: por ser mexicano y porque su esposa, texana de hombros pecosos y escote rebosante, salió muy hacendosa a ofrecerle la carabina que tenían montada sobre la puerta. El tipo la regresó al fondo de la casa con un bofetón; descolgó el arma, cortó cartucho y le apuntó al cliente. *Ya gonna buy this one? No, señor: ese pinche vejestorio is una piece of shit. This will be all.* Nerón Santos extrajo una bolsa de monedas que depositó sonoramente sobre la barra, pagó por las armas que acababa de elegir y salió sin ganas de volver a ver a ese viejo repulsivo.

En el *saloon* de enfrente encontró a las posibles ex compañeras de la esposa. Con razón, se dijo: *si sacó a la mujer de aquí, tendrá celos retroactivos para desquiciarse por el resto de sus días.* Se dirigió a la barra. Tras él entró un joven delgado de ojos grises y bigote rubio. Traía puesto un bombín. Remataba aquella estampa como de elegancia británica cargando un ramo de margaritas blancas, gerberas y rosas. Tomó asiento a un lado de Nerón Santos, pidió un *Frontier* y un vaso de agua. Notó la curiosidad del mexicano: *Flowers for my mom*, explicó. Se las había comprado a unas indígenas

mexicanas el día anterior y aprovechaba cada parada para echarse un trago él y pedir otro para las flores. Una de las damas que hacía fila junto a la pianola se le acercó con el pretexto de admirar el maravilloso racimo. Desentendido o francamente desinteresado, el joven del bombín le obsequió una y luego la ignoró. Un romántico, pensó Nerón Santos; un ángel perdido en el Infierno. Venía, agregó, a recuperar la carabina de su padre del empeño de enfrente. *Good luck with that ol' bastard*, le dijo. Brindaron, bebieron, se despidió.

Al rematar, casi simultáneamente, el tercer vaso de *Frontier* y su última zarzaparrilla, Nerón Santos se dispuso a pagar la cuenta. Todos en el salón pegaron un brinco conforme escucharon, afuera, un cañonazo sonoro. Luego volvieron al póquer y a sus tragos. Al salir, Nerón Santos lo vio. Bajo una nube de polvo fantasmal, en el piso, con el pecho plagado de puntos negros humeantes y sangrientos, yacía muerto el joven. Sus ojos grises e inertes veían al sol.

La mujer del empeño, despeinada, vuelta loca, traía una flor en la mano. Desde adentro se oyó otro disparo acompañado de un gruñido casi animal. Era pegarse un tiro en la boca o morir en el patíbulo, pensó Nerón Santos conforme se alejaba en su caballo rumbo al sol poniente. Tras él atravesó rodando el bombín.

EL BUEN INQUILINO

*Con gentes distintas en apariencia
camino, trabajo todos los días;
y no me saludo con nadie: temo.*

Rubén Bonifaz Nuño

Reflexiones depresivas al volante: un sendero inacabable de luces traseras da inicio y fin a su día. Pensamientos de derrota frente al monitor luminoso en la oficina; sol a sol alimentando números y valores a la insaciable bestia Excel. Del baño a su cubil y de regreso, va evadiendo miradas por los pasillos de la empresa. No les habla a sus compañeros de trabajo, ni ellos a él. Lo peor es saber que en casa hay alguien que tampoco aprecia su compañía, ni le dirige la palabra, ni estaría ahí si las circunstancias no lo obligaran.

Al entrar por la puerta, ya ni siquiera se molesta en anunciar que ha vuelto. Se conduce como si no viviera con nadie. Con un vaso de leche tibia, ríe como idiota frente al televisor y devora un sándwich de pollo con lechuga, mayonesa y jitomate. Por un momento se olvida de su *roomie*.

Pero no tarda en pensar en él. Se le manifiesta su figura por flashazos. Vaya situación patética la suya, creer que podría forzar una amistad sólo por vivir con alguien. Una y otra vez la vida le demuestra lo contrario.

Él se irá también, como se han ido otros.

Llega la hora de dormir. Conforme se calza las pantuflas, se mete en el ropón y coloca sobre su cabeza calva el gorrito satinado para dormir,

lo asalta el recuerdo. Casi se olvida de ir a la cochera, levantar la puerta del calabozo, extraer con el cordón la cubeta de excrementos, y cambiársela al *roomie* por una nueva.

Abajo, desde el fondo, las cadenas se arrastran en la oscuridad.

—Mientras no mejores tu actitud, no vas a comer.

Insultos, llanto, súplicas. Silencio.

—Tú te lo pierdes, dice y cierra la tapa.

Quizá mañana le prepare un sándwich de pollo y le hable de su día. Eso puede servir, piensa en su cama, viendo hacia el techo, hasta que lo vence el sueño.

EL VALIENTE

En invierno se pasea a temperaturas bajo cero, con la camisa desabotonada para lucir las marcas de numerosas puñaladas. Volvería a recibirlas con el mismo arrojo si de por medio hubiera mujeres como con las que bailó aquella noche.

De madrugada marca el paso, tarareando canciones de salsa, durante sus recorridos por el cementerio. Bailaría con la misma Parca o con cualquier otro esperpento fantasmagórico que se le pusiera en frente, y para reafirmarlo suelta un par de ganchos al aire, seguidos por tres veloces *jabs*, conforme brinca de un sepulcro a otro.

Prende un cigarro con la llama de los fuegos fatuos. Enciende uno nuevo con la colilla del anterior. Así hasta volver a su tumba, donde se termina la cajetilla con el féretro cerrado.

EN LAS NUBES

Empezó como una de esas preocupaciones fantasma que suelen descartarse de inmediato, sin estudiarse detenidamente, para no martirizarnos. Al igual que hacemos con la idea de que el conductor que viene en sentido opuesto decida suicidarse contra el vehículo en el que viajamos a 120 kilómetros por hora. O cuando convenimos con nosotros mismos ignorar la ocurrencia de que un cable de alta tensión se desprenda desde lo alto de un poste y descienda irremediablemente sobre nuestro cuello, electrocutándonos en la parada del camión. O las ocasiones en que ponemos el pie descalzo sobre el piso enjabonado del baño y fantaseamos escenarios horribles que terminan en una silla de ruedas o con el descubrimiento, por alguno de nuestros seres más queridos, del cadáver hinchado y terroríficamente desnudo bajo la regadera.

Casi cualquiera puede discernir entre los pasos necesarios para girar la perilla de la estufa y el escenario imaginativo donde estalla en mil pedazos la cocina. Pero por qué vengo pensando en esto, se preguntó Altaír, justo ahora que el avión está por despegar.

Cuestión de rastrear mis pasos, se dijo. Todo lo que haría después de aterrizar ya lo había repasado en la mente hasta el hartazgo; el futuro inmediato no lograba distraerlo, así que era mejor ver para atrás: lo que empacó; el éxito de asignar un bolsillo de la chamarra al pase de abordaje y tenerlo a la mano cuando se lo pidieron; la facilidad con la que halló el andén correspondiente. Dejó suficiente comida para los gatos, cerró las llaves

del gas, desenchufó todo lo eléctrico. Entregó sus llaves a Aurora, la vecina guapa de enfrente. Su belleza fue la razón principal para pedirle ese favor. ¿Podía confiar en ella? Tendría que hacerlo. En cuanto se lo permitieran le haría una llamada: no recordaba haber cerrado la puerta de su casa. Vaya manera de importunarla, por algo tan absurdo como verificar si no dejó abierto su departamento. Esto podría, por otro lado, caerle a ella en gracia. El tipo de descuidos que comete un hombre grande y tosco como él; feo pero interesante. Cuando menos, chistosón: alguien que anda por las nubes, justo como ahora.

Aurora abre la puerta de su departamento y lo primero que ve son gatos. Uno amarillo, dos de ese gris que es casi azul; uno negro como insecto rastroero la observa, furibundo, agazapado en los tres imposibles centímetros del marco de la ventana. Le salen del lomo redondo dos alones de escarabajo con los que emprende un vuelo zumbante. Los otros maúllan como sirenas de ambulancia y, ni modo, dice Altaír desde el fondo de un pasillo nebuloso: te toca cuidarlos en mi ausencia. Ve para el piso y se descubre desnudo; trae una erección vergonzosa que, no obstante, parece decrecer de golpe, porque la sangre está subiéndole a la cabeza.

La siesta de Altaír, que pudo durar unos minutos o toda la eternidad, fue interrumpida por una oleada de vértigo. Luego llegó el impacto. Se retorció de miedo como el resto de los pasajeros. Le pareció cerrar los ojos antes de ser abrasado por las llamas.

SILENCIO

— Y usted, vecino: ¿trajo algo para el viaje?

— Ah, cómo es preguntón mi compadre. Igual que usted: lo comido, lo cogido y lo bailado.

— O sea: no mucho —responde; ríen.

El cementerio vuelve a quedar en silencio.

ESCENA POST CRÉDITOS

La detective Dana Sanders apunta su pistola contra el aristócrata checheno. Lo acorraló en la azotea de la torre desde donde él controla su emporio criminal.

— No me puede matar, agente Sanders, y lo sabe: desataría la tercera guerra mundial.

El disparo detona. Abumusilov, el villano, cae haciendo un bizco como si se esforzara por ver el agujero de bala que trae entre las cejas. Dana Sanders baja el arma al piso, voltea.

Tras ella, el oficial McNugget, su compañero rebelde, se apoya contra el marco de la puerta.

— Disparen los misiles, si se atreven, chechenos.

Y mientras dice esto, el cañón de su *Colt Classic* todavía humea. Sangra de pies a cabeza. Ese McNugget es un hijo de puta muy recio: tantas caídas, explosiones, persecuciones en automóvil que terminan con el vehículo brincando de la azotea de un rascacielos hacia una autopista. Y no ha muerto.

— Oye, novata. ¿Vamos por esa cerveza?

La música es emotiva porque esa fue la primera frase que le dijo esa misma mañana, cuando los asignaron al caso, recién había empezado la película.

Soltando un gemido, McNugget arroja un costado del cuerpo contra el marco de la puerta para enderezarse el hombro dislocado. Él y la agente ríen. Se alejan entre escombros en llamas. Conforme llegan las patrullas y

los camiones de bomberos, suena música de Sinatra y comienzan a circular los créditos. Los actores por orden de aparición; director, guionista, productores. Por ahí anda Tarantino: es un ocioso. El consultor creativo, el equipo de sonido, toda la producción. Las locaciones. Le damos gracias al estado de Philadelphia y al departamento de policía. A esos cerdos debe encantarles que los retraten como tipos duros. La numeración romana se mantiene vigente gracias al cine. ¿De qué otro modo sabríamos en qué año se ruedan estas chingaderas?

Esteban ha esperado a que termine de salir la gente de la sala. Se dispone a dejar su asiento cuando la pantalla se vuelve a encender. Es una escena epílogo. Se trata del ruso Iván Ivanoff, lo reconocemos por los tatuajes de sus brazos. Está en una sala de emergencias, con el rostro vendado. Así que sobrevivió a la granada que le detonó dentro de la boca. Aprieta el puño manchado de sangre. Violinazos dramáticos, todo vuelve a la oscuridad hasta que la sala de cine se ilumina y la pantalla queda en blanco. Dos empleados barren palomitas y recogen basura. El proyector se apaga.

Esteban recibe un mensaje de texto: “Está hecho”. Es todo lo que dice. Con esto confirma que su cuñado ya mordió el polvo, por usar una expresión que vaya acorde con la pornografía hollywoodense de plumazos y karatazos que acaba de ver. Ese maldito no volverá a amenazar a su hermana, ni andará alrededor para manosear a su sobrina.

Esteban camina por el estacionamiento amplio y solitario. Escuchamos el eco de sus pasos y lo vemos, nuestro punto de vista se asoma tras el cofre de un Mustang estacionado. Parece que hay alguien al volante, aunque no logramos ver quién es. Definitivamente Esteban no lo percibe. Llega a su auto, extrae las llaves. Entra sin problemas. Ahora lo vemos desde el asiento trasero, como si estuviéramos con él, detrás de él. Esteban

mete la llave. El auto arranca. Nosotros, desde nuestra perspectiva, nos acercamos lentamente hacia su cabeza. Esteban alcanza a vernos en el retrovisor. Mete reversa a toda máquina; las llantas rechinan, él acelera para el frente y con un último amarrón salimos volando por el parabrisas. El ojete del Mustang no hizo nada por ayudarnos. Antes de que Esteban pase las llantas traseras de su coche encima de nosotros, nos preguntamos si es así como hemos llegado a nuestro fin.



El cuidado editorial de la presente versión digital de
“DESATINOS CINÉFILOS”
De la colección
“CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS”
Estuvo a cargo del
INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

EJEMPLAR GRATUITO Y DE LIBRE DISTRIBUCIÓN



Juan Rivas

Es licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, maestro en Literatura Mexicana y estudiante del Doctorado en Literatura Hispanoamericana por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Como narrador ha publicado el libro de cuentos *Impostores con alas* (Eterno Femenino Ediciones, 2022); ha participado en *El origen perdurable: Reunión de historias maternas* (México: BUAP, 2017), en la antología de minificciones de terror *Flores que sólo se abren de noche* (México: La tinta del silencio, 2021) y en *100 razones para no dormir esta noche* (Argentina: Rubín Editorial, 2022).

Ha participado en medios digitales como *Katabasis*, *Revista fantástique*, *Interliteraria* y la revista electrónica *Neotraba*, donde tiene una columna de opinión.

Conduce, también, el *podcast* de reseñas literarias *Las páginas tatuadas*, disponible en *Spotify* y *YouTube*.

